

biera entrado en vuestra quinta. Dignaos, señora, hacer mejor concepto de mí. En vez de suponerme cómplice en este delito que tanto os ofende, vivid persuadida á que estoy aquí prontísimo á vengaros. Estas últimas palabras, que pronuncié con ardor y viveza, tranquilizaron á la dama, que desde aquel punto mostró no mirarme ya como enemigo. Cesó en el mismo momento la cólera, pero entró á ocupar su lugar el mas acerbo dolor. Comenzó á llorar amargamente. Enternecieronme sus lágrimas de manera que no me sentí yo menos afligido que ella, aun quando ignoraba el motivo de su afliccion. No me contenté con acompañarla en el llanto. Impaciente con el deseo de vengar su injuria, entré en una especie de furor. Señora (exclamé entre enternecido y transportado) ¿quién ha tenido atrevimiento para ultrajaros? ¿y qué especie de ultrage ha sido el vuestro? Hablad, señora, porque vuestras ofensas ya son mias. ¿Quereis que busque á Don Fernando, y que le pase de parte á parte el corazon? Nombradme todos aquellos que quereis os sacrifique. Mandad, y sereis obedecida. Cueste lo que costare vuestra venganza, este desconocido, que habeis mirado como enemigo, se expondrá á todo por amor de vos.

Quedó sorprendida la dama á vista de un transporte tan no esperado; y enjugando sus lágrimas, me dixo: perdonad, señor mi temeraria sospecha á la desdichada situacion en que me hallo. Vuestros generosos sentimientos han des-

desengañado á la desgraciada Serafina. No solo eso: han desvanecido hasta el natural rubor que me causaba el que un extraño fuese testigo de un insulto hecho á mi noble sangre. Sí, generoso desconocido: reconozco mi error, y acepto vuestras ofertas, pero no quiero la muerte de Don Fernando. Bien está, señora, repliqué yo, ¿pero en qué cosa deseais que os sirva? Señor, respondió Serafina, el motivo de mi dolor es el siguiente: Don Fernando de Leyva se enamoró de mi hermana Doña Julia, á quien vió casualmente en Toledo, lugar de nuestra residencia ordinaria. Pidióselá á mi padre el Conde Polan, y se la negó por la antigua enemistad que hay entre las dos casas. Mi hermana apenas tiene quince años. Habráse dexado engañar de mis criadas, á quienes sin duda habrá sabido ganar Don Fernando, y noticioso éste de que las dos hermanas estábamos en esta casa de campo habrá querido aprovechar la ocasion para el rapto de la mal aconsejada Julia. Yo solo quisiera saber en qué parte la ha depositado, para que mi padre y mi hermano, que ha dos meses están en Madrid, tomen sus medidas. Suplicoos, pues, señor, que tomeis el trabajo de recorrer los contornos de Toledo, y de averiguar, si fuere posible, donde ha ido á parar aquella pobre muchacha; diligencia á que os quedará tan obligada como agradecida toda mi familia.

No tenia presente aquella dama que la comision que me encargaba no convenia á un

hombre á quien importaba tanto salir quanto antes de los términos y jurisdiccion de Castilla. ¿Pero qué mucho no hiciese ella esta reflexión quando ni yo mismo la hice? Preocupado enteramente de gozo por la fortuna de verme en ocasion de servir á una persona tan amable, admití la comision, ofreciendo desempeñarla con el mayor zelo y diligencia. Con efecto, no esperé á que amaneciese para ir á cumplir lo prometido. Dexé al punto á Serafina, suplicándola me perdonase el susto que inocentemente la habia ocasionado, y asegurándola que presto tendria noticias de mí. Salíme, pues, por donde habia entrado en la quinta, pero con la imaginacion tan fixa siempre en la dama, que facilmente me reconocí del todo prendado de ella; y ninguna cosa me lo dió á conocer mejor que la inquietud y la impaciencia con que me apresuraba á complacerla, y las amorosas chimeras que yo mismo me forjaba en mi imaginacion. Pareciame que Serafina, aun en medio de su dolor, habia conocido bien lo que pasaba en mi corazon, y que no la habia quizá desagradado. Lisongeábame con que si lograse averiguar lo que tanto deseaba, seria mio todo el honor, y de aquí levantaba yo mil castillos en el ayre.

Al llegar aquí cortó Don Alfonso el hilo de su historia, y dixo al hermitaño: perdonadme, padre, si preocupado de mi pasion me detengo en menudencias, que quizá os fastidiarán. No, hijo, respondió el anacoreta, de nin-

gun modo me cansan. Antes bien deseo saber hasta dónde llega el amor que te inspiró esa dama para arreglar mis consejos con mayor conocimiento.

Recalentada la fantasia con tan lisonjeras imaginaciones prosiguió así el caballerito. Busqué inútilmente por espacio de dos dias al robador de Julia; desayradas todas las diligencias, no pude descubrir el menor rastro. Desconsoladísimo de ver frustrados mis pasos y mis desvelos, me restituí á presencia de Serafina, á quien me pintaba mi fantasia en el estado mas inquieto y desgraciado del mundo: pero la encontré mas tranquila de lo que yo imaginaba. Díxome que habia sido mas afortunada que yo, pues ya sabia donde se hallaba su hermana, que habia recibido una carta de Don Fernando, en que la decia que despues de haberse casado secretamente con Julia la habia depositado en un Convento de Toledo. Envié su carta á mi padre, prosiguió Serafina, no sin esperanza de que la cosa acabe bien, y que un solemne matrimonio sea el Iris de paz que ponga fin á la inveterada discordia de las dos casas.

Luego que la dama me informó del paradero de su hermana, volvió la conversacion á la fatiga que me habia ocasionado, y sobre todo (añadió ella misma) á los peligros á que os expuso mi imprudencia en seguir á un robador, sin acordarme que me habiais confiado como andabais fugitivo por cierto lance de honor; de lo qual me pidió mil perdones con

palabras las mas tiernas y expresivas. Conociendo que estaba necesitado de reposo, me conduxo al salon, donde los dos nos sentamos. Estaba vestida con una bata de tafetan blanco, con listas negras, y cubria su cabeza un sombrero de los mismos colores que la bata, guarnecido con un ayroso plumage negro: lo que me hizo juzgar que podia ser viuda, aunque por otra parte parecia de tan pocos años, que no sabia á que atenerme.

Si era vivo mi deseo de saber quien ella era, no era menor viva su curiosidad por saber quien era yo. Preguntóme mi nombre y apellido, no dudando (añadió) á vista de ese noble ayre, y de la generosa piedad con que os interesasteis en todo lo que me tocaba, que la nobleza de vuestro nacimiento no sea igual á la de vuestra atencion. Avergoncéme algun tanto, y algun tanto me turbé; confesandoos con ingenuidad, que por entónces me pareció menos vergonzoso disimular la verdad que declarar mi nacimiento, y así respondí que era mi padre el Baron de Steinbach, Oficial de Guardias Walonas. Tambien quiero saber (dixo ella) qué lance de honor fue el que os obligó á salir de Madrid; porque desde luego os puedo ofrecer todo el crédito y los buenos officios de mi padre y de mi hermano Don Gaspar. Esto es lo menos que puede hacer mi agradecimiento con un caballero que por servirme despreció su propia vida. Ninguna dificultad tuve en referirla por menor todas las circuns-

tan-

tancias de nuestro desafio. Ella misma dió toda la culpa al Caballero que me habia insultado, y me volvió á ofrecer que interesaria toda su casa á mi favor.

Habiendo yo satisfecho su curiosidad me animé á suplicarla que contentase la mia, y la pregunté si era libre, ó si estaba ligada al santo matrimonio. Tres años ha, respondió, que mi padre me obligó á casarme con Don Diego de Lara, y quince meses que estoy viuda. ¿Pues qué desgracia, señora, la pregunté, fué la que tan presto os privó de vuestro esposo? Voy, señor, á responderos (repuso ella) y corresponder á la confianza á que me confieso deudora.

Don Diego de Lara era un Caballero de garbo, galan, ayroso, bien hecho, dotado de quantas prendas se pueden desear en un hombre de distincion. Amábame con pasion: y aunque hacia quanto podia hacer un marido para ser amado de su muger, nunca pudo ganar mi corazon: prueba clara de que el amor es caprichoso, y que no siempre se paga del mérito, ni del obsequio mas fino y mas rendido. Pero qué! (exclamó suspirando) sucede muchas veces, que una persona desconocida nos encanta á primera vista. No me era posible amarle. Mas avergonzada que agradecida á las continuas y ternisimas demostraciones de su amor, y forzada tal vez á corresponderlas, á mí misma me acusaba en secreto de ingratitude, y lloraba amargamente mi desgraciada suerte.

No

No era menos infeliz la suya que la mía, á motivo de su penetracion. En mis acciones y en mis discursos descubria claramente mis mas ocultos movimientos. Leía quanto pasaba en lo mas profundo de mi alma. Quexábase á cada paso de mi indiferencia, y le era tanto mas sensible el no poder ganar mi corazon, quanto estaba mas seguro de que ningun otro se le disputaba, no contando yo apenas 16 años, y habiendo sabido por mis criadas (todas parciales suyas) que ningun hombre se había anticipado á llevarme la atencion. Sí, Serafina, (me decia muchas veces) me alegraria mucho de que estuvieses prevenida á favor de otro, y que fuese esta la única causa de la frialdad con que me miras. Esperaria entonces que tu virtud y mi constancia triunfarian al cabo de esa fria terquedad; pero ya desespero de vencer un corazon, que no se ha rendido á tantos y tan convincentes testimonios de mi desmedido amor. Cansada de oirle repetir tantas veces la misma quexa, le dixe un dia, que en vez de turbar su quietud y afligir mi excesiva delicadeza, haria mejor en dexarlo todo en manos del tiempo. Con efecto, me hallaba entonces en una edad poco proporcionada para sentir los vivos movimientos de una pasion tan fogosa, y este era el prudente partido que Don Diego debiera haber abrazado. Pero viendo que se había pasado un año entero sin haber adelantado mas que el primer dia, perdió la paciencia, ó por mejor la razon, y fingiendo que le llamaba á

la Corte no sé que negocio de importancia, partió á los Países Baxos á servir en calidad de voluntario, y encontró lo que deseaba en los peligros en que se metia, es decir, con el fin de la vida el de sus inquietudes y tormentos.

Concluida esta relacion, todo el resto de la conversacion que tuvimos la dama y yo fue sobre el singular caracter de su marido. Interrumpió nuestra conferencia un correo que llegó en aquel mismo punto, el qual puso en manos de Serafina una carta del Conde de Polan. Pidióme licencia para leerla, y observé que conforme la iba leyendo se iba inmutando su semblante, poniéndose pálido, y declarándose despues toda trémula. Luego que la acabó de leer levantó los ojos al Cielo, arrancó un profundo suspiro, y comenzó á correr por su semblante un torrente de lágrimas. No era posible que yo viese su dolor con sosiego. Turbéme, y como si hubiera ya presentido el terrible golpe que iba á llevar, se apoderó de mí un mortal terror, que heló todos mis espíritus. Señora, la pregunté con voz desmayada, ¿será lícito saber de vos qué funestas noticias os anuncia ese billete? Tomadle, señor, me respondió tristemente, y leed vos mismo lo que mi padre me escribe. ¡Ay de mí! que su contenido os interesa demasiado.

Estremecíme al oir estas palabras, tomé la carta temblando, y ví que decia lo siguiente. *Tu hermano Don Gaspar turvo ayer un desafio*  
en

en el Prado. Recibió en él una estocada, de la qual murió hoy, declarando al morir, que el Caballero que le mató fue el hijo del Baron de Steinbach, Oficial de Walones. Para mayor desgracia nuestra el matador escapó sin saberse donde se haya escondido; pero aunque lo esté en las entrañas de la tierra, se harán todas las diligencias posibles para descubrirle. Hoy se despachan requisitorias á las Justicias, que no dexarán de arrestarle, como ponga los pies en algun lugar de su jurisdiccion, y voy tambien á practicar otros medios oportunos para cerrarle todos los caminos. = El Conde de Polan.

Figuraos el alboroto y desorden que la lectura de esta carta ocasionaria en mis potencias y sentidos. Quedé inmóvil por algunos instantes, sin espíritu y sin fuerza para hablar. En medio de aquel desmayo y desaliento se me representó con la mayor viveza todo lo mas funesto y mas cruel que podia afligir á la vehemencia de mi amor. En un momento pasé de una generosa esperanza á una vil desesperacion. Arrojéme á los pies de Serafina, y presentándola mi espada desnuda, Señora (la dixe) excusad al Conde de Polan la molesta fatiga de buscar á un hombre que podria burlar sus mas activas diligencias. Vengad vos misma á vuestro hermano. Sacrificadle por vuestra bella mano esta desgraciada víctima. Muera á vuestros pies su miserable homicida. ¿Qué dudais? Descargad el golpe. Sea funesto á su enemigo el mismo acero que á él le quitó la vida. Señor,

ñor, respondió Serafina, conmovida algun tanto de mi accion, yo amaba á Don Gaspar, y aunque vos le matasteis como Caballero, y aunque él mismo fue en busca de su desgracia, al fin soy su hermana, y no puedo menos de interesarme por él. Sí, Don Alfonso, ya soy enemiga vuestra: haré contra vos todo lo que la sangre y el cariño pueden desear de mí; pero no abusaré de vuestra adversa fortuna. En vano ha dispuesto entregaros en manos de mi venganza. Si el honor me arma contra vos, él mismo me prohíbe vengarme con ruindad ó indecencia. Las leyes de la hospitalidad deben ser inalterables: segun ellas no puedo corresponder al generoso servicio que me habeis hecho con un vil asesinato. Huid, escapad, y burlad, si pudiéreis, nuestras mas vivas pesquisas, poneos á cubierto contra el rigor de las leyes, y libraos del inminente peligro que os amenaza.

¿Pues qué, Señora, repliqué yo: está en vuestra mano la venganza, y la remitis al rigor de las leyes, que pueden quedar desayradas? ¡Ah, Señora! atravesad vos misma con esa espada el corazon de un miserable, que ciertamente no merece que le perdoneis. No, Señora, no malogreis un proceder tan noble y tan generoso, gastándole con un hombre como yo. Sabed, que aunque todo Madrid me tiene por hijo del Baron de Steinbach, soy un pobre exposito, criado en su casa por caridad. Yo mismo ignoro á quienes debo mi sér. No

importa eso, interrumpió Serafina, no sin enfado y precipitacion, como si la hubieran dado poco gusto mis últimas palabras: aunque fuérais vos el mas vil de los mortales, házia siempre lo que me dicta mi honor. Bien está, Señora, repliqué yo: ya que la muerte de un hermano no ha bastado á persuadiros que derrameis mi infeliz sangre, voy á cometer un nuevo delito haciendoo una ofensa, que tengo por cierto no me la perdonareis: sabed, Señora, que os adoro; que desde el mismo punto en que ví vuestra belleza quedé encantado; y á pesar de la obscuridad de mi nacimiento no perdía la esperanza de poseeros. Estaba tan ciegamente enamorado, ó por mejor decir era tan vano, que me lisonjeaba de que quizá algun dia descubriria el Cielo mi origen, y que éste sería tal, que sin vergüenza podria manifestaros mi nombre. Despues de una confesion que tanto os ultraja, ¿será posible que todavia no os resolvais á castigarme?

Esa temeraria declaracion, replicó la dama, en qualquiera otro tiempo y circunstancias sin duda me ofenderia mucho, pero la perdono á la turbacion en que os veo: fuera de que ni la situacion en que yo misma me hallo me permite prestar atencion á discursos de esta especie. Otra vez vuelvo á deciros, Don Alfonso, añadió derramando algunas lágrimas, que partais luego de aquí. Alejaos de una casa que estais llenando de dolor: cada instante que os deteneis, aumentais mis penas y mis tormentos.

tos. Ya no resisto, Señora; voy á alejarme de vos. Mas no penseis que cuidadoso de conservar una vida que os es odiosa, vaya á buscar algun asilo para defenderla. No, no: yo mismo quiero voluntariamente inmolarme á vuestro justo dolor. Parto á Toledo, donde esperaré con impaciencia el destino que vos me preparais: haréme enconradizo con los mismos que me buscan, y anticiparé de este modo el fin de todas mis desdichas.

Retiréme al decir esto. Diéronme mi caballo, y partí derecho á Toledo, donde me detuve de estudio ocho dias, con tan poco cuidado de ocultarme, que verdaderamente no sé como no me prendieron; porque no puedo creer que el Conde de Polan, tan empeñado en tomarme todos los caminos, se olvidase de cerrarme el de Toledo. En fin, ayer salí de aquel Pueblo, donde se me hacia insufrible mi propia libertad, y sin fixarme ni aun proponerme destino alguno determinado, llegué á esta hermita con tanta serenidad como pudiera un hombre que nada tuviese que temer. Estos son, Padre mio, los cuidados que me ocupan al presente; ruégoos que me ayudeis con vuestros sanos consejos.